



[www.loqueleo.es](http://www.loqueleo.es)

© Del texto: 2026, Eva Escudero Fraile.

Autora representada por Exit Agencia Literaria

© De las ilustraciones: 2026, Beatriz Castro

© De esta edición:

2026, Sanoma Educación, S.L.U.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S.L.U., licenciada a Sanoma Educación, S.L.U.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-84-9122-648-2

Depósito legal: M-3157-2026

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: mayo de 2026



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **Mesón Chiribitas**

Eva Escudero Fraile

Ilustraciones de Beatriz Castro

loqueleo



*Para quienes nos hacen ver chiribitas  
(de las buenas).*



## Yo nunca

Mi nombre es Chicho Romero, tengo nueve años, tres meses y dos días. ¿Te apetece jugar al «Yo nunca»? Venga, empiezo yo.

7

Yo nunca había visto a la criatura azul en el lago de Charcoscuro hasta esta primavera. Así se llama el pueblo en el que vivo y en el que está nuestro Mesón Chiribitas.

Ver al mítico tunco azul era una de las cosas que más me ilusionaban en este mundo. Soy muy fan de ese bichejo, porque gracias a él no nos faltaba clientela en el restaurante. Bueno, por eso y porque me molan las criaturas misteriosas. Voy a hablarte con sinceridad; de mentiroso no tengo ni un pelo. Sigo.

Hasta estas vacaciones de Semana Santa yo nunca había preparado ni un solo plato en el mesón; y me habría encantado, porque otro de mis sueños es convertirme algún día en un gran chef. En cambio, no sé qué pasaba. Tanto mi tía Oliva como mi madre casi vomitan la primera vez que preparé mi sopa ácida de regaliz. Al siguiente intento no me fue mejor: no podían dejar de guiñar los ojos con mi ensaladilla de pepinillos al sirope de caramelo. Y la última vez, no se cortaron ni un cacho: escupieron la lasaña de guindillas picantes sobre una cama de esponjas de fresa. ¡Alucinante! No lo entiendo. No sé qué pudo salir mal. Yo creo que las hermanas Romero no tenían ni idea de sabores rompedores y modernos.

Yo nunca había pisado la Casa Chinchado ni para comer, ni para cenar, ¡ni de paso! Y eso te lo juro por el mismísimo horno de piedra



del Mesón Chiribitas, por el libro de recetas de mi abuela Magdalena o por mi *air fryer*.

El negocio de Chimo Bombón era la peor competencia del Mesón Chiribitas, porque estaba justo enfrente, en la otra orilla del lago. Eran los enemigos, los rivales, los empalagosos *Bombones* a los que yo no tragaba, los que nos robaban los clientes por los mal-ditos postres. Y me daba igual que la hija de Chimo, Conchi Bombón, tuviera nueve años como yo, fuese a mi clase o se pareciese a la mismísima Blancanieves; nada de eso me importaba. Todo me daba igual. ¡Al enemigo, ni agua!

9

Casa Chinchado atraía muchos turistas golosos porque ellos son expertos reposteros y aspiraban este año, igual que nosotros, a la Cuchara de Oro. La cosa pintaba mal, pintaba muy fea, para qué te voy a engañar.

Pero termino con el juego antes de seguir.

Yo nunca he contado esta historia a nadie, pero ahora me he decidido a hacerlo.

10      Todo transcurrió en las vacaciones de Semana Santa. Espero que te guste leerme. Iré poco a poco. No te asustes, porque te voy avisando de que soy tan bruto como mi madre. No somos como mi tía Oliva, delicada y elegante. Chelo Romero y yo no tenemos filtro ninguno. ¡Allá voy!

## El del gorro azul

Faltaba un mes para que se entregase la Cuchara de Oro al mejor restaurante de toda la comarca, y las hermanas Romero, mi madre y mi tía, estaban al borde del ataque de nervios. Mi madre no paraba de decir que, como que se llamaba Chelo Romero, este año no se le escapaba el premio. Obsesionada. Y mi tía Oliva, más rara que nunca, parecía dispuesta a todo. 11

En el fondo era normal, porque no creas que es un premio cualquiera, es el más prestigioso de la zona, la Champions de la gastronomía, vamos. Además, mi tía Oliva me había chivado que este año incluía una plaza

en el curso de verano de la Escuela Minichef. ¡El sueño de cualquier niño que desea convertirse en cocinero algún día! La dirige (ni más ni menos) la gran Cuqui Canela, mi chef e *influencer* favorita. Como te lo cuento: había mucho en juego. Mi sueño en la punta de los dedos. La miel en los labios, que dice mi madre.

Teníamos que conseguir la Cuchara de Oro como fuese, yo tenía que entrar a la Escuela Minichef sí o sí. Y el Mesón Chiribitas, fundado hacía ya 125 años, merecía alzarse en el podio de los restaurantes distinguidos y reconocidos de una vez por todas. Era el sueño de mi familia. Era nuestro sueño. Vivíamos por y para la cocina desde hacía más de cuatro generaciones.

La cosa es que todo se nos fue de las manos, definitivamente, cuando mi tía Oliva se cameló al repostero de Casa Chinchado,

la competencia. Lo hizo con toda su buena intención para que nos ayudase con nuestro punto más débil: los postres. Y es que, verás, en Chiribitas somos expertos en guisos y salsas. Usamos ingredientes ecológicos de nuestra huerta (heredada de mi abuela Magdalena), incluso tenemos unas gallinas supertrabajadoras que ponen huevos a cada rato.

13

Todo el mundo acudía a Chiribitas para probar nuestro famosísimo plato: huevos estrellados con chorizo picante flambeado, una especialidad que servíamos entre llamas y que nunca dejaba indiferente. La gente reía a carcajadas y untaba el pan entre «¡uuuys!», «¡aaays!» y «¡oooohs!». ¡Impactante!

Nadie se iba sin catar los champiñones rellenos de chimichurri o las albóndigas en salsa. La gente se relamía, repetía, cerraba los ojos; incluso he visto más de una lagrimilla

escapárseles a los comensales más sensibles. Todo el mundo volvía. Nos ponían reseñas buenísimas. Pero no con los postres. Nunca con los postres. Nadie veía chiribitas con nuestras natillas, con el flan de huevo o con el arroz con leche. Les faltaba un no sé qué.

14      Aquella mañana de un sábado primaveral, el sol brillaba como nunca. Mientras las gallinas cacareaban alegres cerca de los jardines del mesón, yo preparaba mi bici al lado del merendero. Me caían los goterones de sudor desde las sienes por el esfuerzo que hacía con la bomba manual. Intentaba hinchar la rueda trasera. Choff-choff, choff-choff, choff-choff. Agotador.

Como sentía que me asfixiaba y era muy joven para morir sin haber cumplido ni los diez años, paraba de vez en cuando para coger aire y aprovechaba para aspirar el olor del lago en esas fechas, que me encanta.

Olía a hierba fresca, a hojas nuevas, a la resina dulce y limpia de los álamos, a tierra húmeda.

Justo en ese momento, mi tía Oliva aparcó su flamante descapotable verde en la entrada, al lado de la furgoneta del mesón que normalmente conducía mi madre. Sabrías muy rápido que es la nuestra por el logo oficial con las estrellitas y los destellos sobre la palabra Chiribitas o por el gorro de chef sobre la letra M de mesón. Identifiqué enseguida que Chencho Delicias iba sentado a su lado. Fue fácil, pues siempre lleva un gorro de lana azul (haga o no haga falta), y sus greñas sobresalen descontroladas. Como siempre. A mí todo lo que venía de Casa Chinchado me daba grima, mal rollo. *Creepy* total.

En menos de dos segundos mi madre salió con el delantal puesto. Con los nervios

que la caracterizan, nada le paró los pies para recibir al señor Delicias:

16 —¡Mi querido y admirado don Chencho Delicias! ¡Por fin con nosotras! —Y le cogió la mano y se la besó como si fuese el mismísimo rey de Charcoscuro, mientras hacía una especie de reverencia, que a mí me resultó excesiva.

—Es un honor, doña Chelo. —Y se ajustó el gorro de lana con las dos manos, aunque no dejaba de mirar a Oliva, en realidad.

Muy rápido, mi tía los invitó a pasar con la educación que suele tener siempre. Una vez en la cocina, mi madre no se anduvo por las ramas:

—Hay que meterse en faena cuanto antes. ¿Quiere mejor un gorro de cocina, don Chencho?

—No, no. Estoy más cómodo con este. Me inspira. Y tutéame, Chelo, ¡por favor!





Pensé que era normal que le inspirase aquel gorro; tenía tanta suciedad que debía de hablar y todo. Eso, o que llevaba dentro, al más puro estilo *Ratatouille*, una rata apesotosa para que lo guiase entre los fogones.

18      Mi tía se colocó su bata blanca, le ofreció un delantal a Delicias y le explicó dónde se guardaban todos los ingredientes y herramientas para los postres. Él la miraba como tonto. Finalmente le hicieron un *tour* y le contaron cómo funcionaban las hermanas Romero en el Mesón Chiribitas. Vamos, una fantasía, porque, así entre tú y yo, son tan buenas como desastrosas. Mi tía comenzó a explicarle lo que queríamos:

—Necesitamos que inventes la madre de todos los postres, Chencho. Una joya única que haga que todo el mundo suspire y cierre los ojos para deleitarse. Debe ser nuestro broche de oro para un menú inolvidable.

—Qué bien te expresas, Oliva. Por eso me convenciste tan rápido para venirme al Chiribitas. ¡Qué locuaz!

—Bueno, y porque te pagamos el doble que Chimo, ¿no te fastidia! Que con tu postre, la Cuchara de Oro no se nos puede escapar este año —soltó mi madre, sin filtros.

19

Mi tía le tiró del brazo con disimulo, pues Chelo Romero a veces necesitaría una tutora que supervise todo lo que va a decir. Le pasa igualito que a mí, somos muy bocazas los dos. Nos pierde la boca, ya te lo dije.

La cosa parecía fluir hasta que entró quien entró. La alcaldesa de Charcoscuro, Lola Menta, amiga íntima de las dos Romero y toda una personalidad en el pueblo. Llegó con el ánimo por los suelos. Arrastró los tacones hasta que se sentó sobre un taburete, detrás de la barra. A continuación, tiró el bolso como si lo odiase y pidió un café

doble con hielo a nuestro camarero, Justi Chamán. Después de dar un trago largo, soltó el vaso de un golpetazo sobre el mostrador y anunció lo más grande:

—Esta noche han intentado llevarse a nuestro tunco azul del lago.